

EL TEATRO DE "GUERRA"

REGISTROSE EN PARIS UNA NOVEDAD DESCONCERTANTE DE A. SALACROU

De nuestro corresponsal permanente en París, Carlos Esplá

PARIS, enero (Por avión. Para NOTICIAS GRAFICAS). — Los críticos teatrales han debatido el tema de si se trata de decidir si por "teatro de guerra", debe entenderse el teatro de circunstancias, la obra que refleja el drama de la guerra, o, por el contrario, el teatro inercial, la obra que representa las pasiones y las emociones de todos los tiempos. En la práctica, el problema va resolviéndose en favor de esta última modalidad. El "teatro de guerra" es, en realidad, teatro "para" la guerra; es decir, para quienes la hacen o la sufren, y a los que hay que llevar un asunto de posesión y de ilusión, la imagen recueto de su vida de ayer. Los intentos teatrales realizados con ese propósito han señalado el buen camino. A medida que los teatros parisinos se deciden a abrir sus



C. ESPLÁ

puertas, aunque sin encender sus luces exteriores, reaparecen en los carteles las obras que todavía conservan vida de temporadas anteriores. Teatro de guerra son esa maravillosa "Maja", estrenada hace quince años en el Estudio de los Campos Eliseos y repuesta ahora en la escena de Montparnasse, y que presenta la imagen eterna del amor, y esa deliciosa comedia "Tengo 17 años", en la cual vive la inquietud pasada de una juventud que ahora monta la guardia en la frontera alemana. Teatro de guerra es también la obra de Michel Durrus "No estamos casados", y, finalmente, la de Armand Salacrou, estrenada estos últimos días. Salacrou es uno de los valores positivos del teatro francés. Recuérdese, entre otras obras suyas, "La desconocida de Aras".

En el escríptulo de autor y de francés le hizo vacilar ante su propia obra, escrita hace ya meses. ¿Sería frivolidad presentarla ahora, en plena guerra, ante un público sacudido por los patéticos acontecimientos que nos rodean? Debía titularse la obra "Historia de risa". Salacrou tuvo el poder del reír entre los dioses de la guerra. Y quiso trasladar su obra y su título de manera inconcusable a la época en que la risa no podía ser una burla para el dolor. Dió al título la marca del pasado, y en los carteles se lee "Era... una historia de risa". Este preterito, signo de timidez y de discreción hace la historia más actual. O, por lo menos, la hace más real, de una realidad que el espectador se resiste a dar por perdida. Todo el problema del "teatro de guerra" o "para la guerra" se encierra en ese "Era", que quiere decir lo que fue la vida y lo que acaso no ha dejado de ser, a pesar de la guerra. Es una excusa, aunque resulta innecesaria.

Salacrou es un escritor desconcertante, atraído por lo raro, inclinado a la extravagancia, que quiebra la línea de sus obras casi por sorpresa, para estabílecencia, después, en un volatin prodigioso. Esta clase de ejercicios escénicos sólo puede realizarse con éxito un autor de talento como Salacrou. Su obra es una nueva aportación teatral al tema inagotable del adulterio. Salacrou presenta en cierta forma el fracaso del amante ante el marido. Recurre para ello a esa sencilla fórmula del humor, que consiste en volver las cosas al revés o en ofrecerlas sólo por contraste.

Los amigos inseparables que se escapan diariamente de las preocupaciones de la vida moderna refugiándose unas horas en la vieja boardilla donde conservan extraños recuerdos de juventud, juegan inconscientemente el contraste. Uno de ellos va a rehacer su vida con una mujer casada, al mismo tiempo que la mujer del otro prepara su fuga con un joven seductor. Las ilusiones de aquel, sus proyectos de amante afortunado, son la desgracia grotesca del amigo, el cual toma más parte en la dicha ajena que en la desdicha propia. La madame Bovary de este último es una mujer deliciosa e insoportable. El joven seductor tratará de devorverla al marido, pero es el rival del otro amigo el que descubrirá al amante de su esposa el fondo terrible de la mujer que cree haber conquistado: mentiras, infidelidad, traiciones, nervios, egoísmo. Las "incomprendidas" no engañan, en el sentido estricto de la palabra, al marido que las conoce bien, sino al amante que las cree perfectas, ideales, adorables.

Obra cruel en la que la mujer ofrece una imagen perversa y el

hombre una figura humillada y torpe; obra que rusa temas tradicionales y rosabala hasta la farsa más divertida para prendarse algunos instantes en escenas de una dolorosa truciencia. Salacrou ha triunfado en esta comedia irregular, desconcertante, pero fuerte y cautivadora por la gracia extraña de su diálogo y el desarrollo original y caprichoso del tema.

"Era... una historia de risa" no necesita el signo del preterito para advertir que es historia. Esto es: agua pasada de una sociedad que complicaba sus ocios con problemas de adulterio. La guerra no ha limpiado la sociedad de sus impurezas. Las ha cubierto, simplemente, con un manto de dolor y de angustia. Pero la guerra no hace cambiar a los hombres. Ni a las mujeres. Todo puede ser "teatro de guerra". "Era" y es. CARLOS ESPLÁ

A.P.C.E.
SIG: 1.2d/1020.